

5. Encontrar el tesoro en el campo

El tesoro de la oración se esconde en el campo de nuestra comunidad, de nuestra oración eclesial. Si se entiende esto, se entiende casi todo, porque se aprende cómo se está formado para la oración y cómo la oración puede y debe reavivarse en nosotros, cada día, “siete veces al día” (Sal 118,164; RB 16,1), y siempre. A veces tenemos la impresión de que la comunidad no nos ayuda a rezar, que rezaríamos mucho mejor solos. Quizás rezaríamos mejor, pero no aprenderíamos a rezar como Jesús nos enseñó y enseña. No aprenderíamos el “nosotros” de cada invocación del Padrenuestro, y esto limitaría nuestro acceso al Padre, porque el Dios de Jesucristo es “nuestro” Padre y no sólo “el mío”.

Si no aprendemos esto, la oración no nos hace crecer en el amor, ni a Dios ni a nuestros hermanos. El amor fraterno no viene de nosotros, sino que es la respuesta del Padre a sus hijos que le rezan juntos. Como en el Cenáculo en Pentecostés: la oración de los discípulos, unidos a María, creó el espacio sobre el que descendió el fuego del Espíritu Santo de Dios, e inmediatamente la comunión en la oración se convirtió en comunión en el amor. El primer cuadro en el que los Hechos de los Apóstoles describen a la comunidad cristiana la muestra como una comunidad unida en la oración: “Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hechos 1,14). Entonces llegó Pentecostés, el don del Espíritu, en respuesta a su oración. Sólo después de Pentecostés se describe a la comunidad orante como una comunidad fraternal que lo comparte todo: “Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno” (Hechos 2,44-45). “El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común” (Hechos 4,32).

Es importante estar atentos a cómo se formó la comunidad primitiva, porque sólo así pueden formarse y, sobre todo, reformarse también nuestras comunidades. Vemos a lo largo del Nuevo Testamento, y luego siempre en la historia de la Iglesia y de las Órdenes religiosas, que de la unidad de oración que acoge al Espíritu surge la unidad en la caridad fraterna. Es inútil invertir los procesos: si no empezamos y recomenzamos desde la oración común –desde una oración que realmente pida la gracia, que realmente nos haga estar como mendigos ante el Padre, como Jesús– no podemos esperar que nuestras comunidades se conviertan en comunidades de hermanos que se amen y atraigan así al mundo hacia Cristo. No basta que nuestra oración atraiga vocaciones, y quizás por ello sea exteriormente bella: nuestra oración debe atraer a todo el mundo hacia Cristo, y por ello debe ser interiormente verdadera, interiormente pobre y mendicante, es decir, debe atraer ante todo a Dios hacia nosotros. ¿No comenzamos todas las horas diarias del Oficio Divino con las palabras del Salmo 69 que claman: “¡Dios mío, ven en mi auxilio! ¡Señor, date prisa en socorrerme!”? La unidad de la oración atrae al Espíritu Santo, y la unidad fraterna atrae al mundo hacia Cristo, es decir, nos permite a nosotros y a la humanidad encontrar el tesoro de la vida, aquello por lo que vale la pena vivir y dar la vida: Jesucristo mismo.

Aquí tocamos la cumbre de la oración cristiana sobre la que quiero meditar brevemente al final de nuestro Curso. Si la oración busca el tesoro del cielo escondido en el campo de la vida comunitaria, ¿en qué consiste la alegría de encontrar el tesoro, de hallarlo después de cavar en la tierra que lo esconde?

Jesús mismo dejó claro que la cumbre de nuestra oración conjunta es Él mismo. Nos lo dice en un pasaje clave del Evangelio según San Mateo: “Os digo, además, que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. (Mt 18,19-20)

La presencia de Cristo en medio de nosotros cuando nos reunimos en oración, cuando nos reunimos para pedir algo al Padre, es el tesoro escondido que estamos llamados a descubrir con alegría. “Allí estoy yo en medio de ellos”, dice Jesús. ¿Dónde? Cristo está presente cuando juntos oramos al Padre, está presente en la oración que hacemos juntos. Estar reunido en su nombre y estar reunido para orar al Padre parecen ser la misma cosa. Para el Padre, el nombre de Jesús es como una “recomendación” absolutamente ganadora e irresistible. Es el nombre del Hijo en el que el Padre se complace, como dice Dios después del Bautismo de Jesús y en el Monte de la Transfiguración: “Este es mi Hijo amado: en él me complazco” (Mt 3,17 y 17,5).

El tesoro que buscamos y encontramos en el campo de la oración común de la Iglesia es Cristo, el Hijo amado de Dios, que atrae sobre nosotros, porque estamos unidos a él, la predilección del Padre. Y la predilección del Padre es el don del Espíritu Santo, la paloma del Paráclito que nos llena de sus dones: “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí” (Gál 5,22), dones que describen las cualidades de una vida fraterna humilde y caritativa, llena de cuidado y misericordia hacia los demás.

El fruto de la oración es al mismo tiempo filial y fraternal, es una identificación con Cristo que nos une a los hermanos de nuestra comunidad y a toda la humanidad. El fruto de la oración vivida con verdad y fidelidad es al mismo tiempo místico y eclesial, porque consiste en la unión con Cristo, el Esposo de la Iglesia. Es una unión fecunda, como toda unión conyugal, que genera en nosotros y entre nosotros a los hijos de Dios que viven como hermanos. Es una unión que nos hace sentirnos familiarizados, como San Bernardo y tantos místicos, con el ardor expresado en el Cantar de los Cantares, pero también con la pasión misionera de los escritos apostólicos del Nuevo Testamento.

Poner nuestra vida al servicio de esta oración nos llena de una alegría radiante, porque el tesoro es a la vez una profunda intimidad con Jesucristo y un “corazón expandido” a las dimensiones del mundo, apasionado por la salvación de todos los hombres.

La Iglesia se renueva siempre, y nuestras comunidades con ella, cuando dejamos que el fuego del Espíritu encienda en nosotros y entre nosotros el amor de Cristo y el amor a Cristo, es decir, un corazón que arde de pasión por Jesús y su pasión por la salvación del mundo entero.